

Y no obstante aquí estoy

Enrique Arias Beaskoetxea

*Nada más idiota que la experiencia del tiempo  
a través de los relojes y no obstante aquí estoy:  
temiendo que se me haga tarde.*

*Alejandra Pizarnik*

*Tu casa está ahí donde  
están tus pensamientos*

*Proverbio zen*

*¿Por qué no explicar lo que ocurrió?*

*Robert Lowell*

(1) *Tiempo*

No será comunicada su enfermedad,  
no sera anunciada su fría agonía,  
nadie avisará de su desaparición.

Más allá de su muerte  
continuará una lenta extinción  
en forma de luz huérfana  
desapareciendo en el sendero  
que sola recorre  
dejando un trazo melancólico  
en la oscuridad espacial.

Más allá de su muerte  
la luz viajará perseverante  
en la estela del olvido  
en un desatento universo  
sin aprecio ni asombro  
por un fenómeno común.

Somos nosotros,  
ignorantes de la extinción  
quienes consideramos la luz  
como señal de un astro  
distante, silencioso, sereno,  
sin saber que cada avance  
del rayo en el espacio  
es añadida porción  
en la merma de su existencia.

Apenas una fracción temporal  
de una estrella que se apaga,  
ínfima anécdota que llamamos vida,  
esa que consideramos trascendente  
cuando no es más que fugaz paso  
de un rastro de luz agonizante  
en la amplitud del universo.

(2) *Vida*

La vida no es apenas  
más que una pisada en la nieve  
que desaparece en un instante  
dentro de la tormenta,  
la ventisca desfigura huellas,  
alisando el camino  
que hemos trazado.

De nada vale mirar  
hacia adelante, nada hay,  
ni camino ni señales  
acaso una nueva duda:  
atravesar un lago helado  
que esconde grietas  
o recorrer el bosque  
golpeado por el viento.

Chasquido de hielo,  
crepitar de árboles,  
aullido de animales  
atentos a nuestro desmayo.

Enfangarse en nieve oscura,  
atravesar un río imposible,  
amenaza y estruendo.

En todo caso, habrá  
una nueva encrucijada  
donde detenerse perplejo  
a rastrear la nueva ruta  
lleno de dudas y temores.

Otra vez una decisión  
con riesgo de perder el rumbo,  
desviarse de una ruta inscrita  
en la línea de nuestra mirada.

La vida no respuestas  
ni indicaciones precisas  
tan sólo plantea cuestiones  
a resolver que son quizás  
una muy pesada carga  
para el día de hoy.

Será la actitud la que decida  
entre el exhausto ánimo  
y el designio por alcanzar.  
Entonces ante el tenaz dilema  
convertir en piedra  
el viejo corazón,  
evitar que se detenga el aliento  
hasta regresar a la casa.  
Seguir caminando  
hasta el fin de las fuerzas.

(3) *Libertad*

La libertad es una carretera  
de asfalto gris  
donde la noche se mueve  
sin estridencias, suave y constante.

Avance entrelazado  
a las curvas del río,  
la música de guitarra y violín  
traza una melodía simple y triste.

Atrás queda un pasado  
acaso no resuelto, cerrado,  
quizás tan sólo una renuncia.  
El futuro es una pantalla blanca  
donde un día se escribirá  
una tarea que es aún proyecto.

Será un propósito vital  
-que no tiene territorio  
ni plazo temporal-  
tan sólo el anhelo solitario  
grabado en el ánimo  
que se define en cada poema,  
esbozado o soñado,  
guardado en la memoria  
como piezas de puzzle.

La libertad será el fin  
de la búsqueda,  
el fin de la inquietud.  
Dejar de levantar  
vigas y muros,  
yo no alzar un hogar  
donde guardar el espíritu.

Dejar que la luz  
acaricie las paredes.

(4) *Hijos*

Ahora que llega la hora  
del declive hacia un final,  
cita sin fecha ni hora,  
piensa en los hijos que no tuvo.

Ahora que no quedan  
más que imágenes  
de niños que no soy suyos,  
niños de la familia, de amigos,  
ve en sus caras una quietud  
serena, un amor sin condición  
por quien hizo la foto.

Abre el álbum de retratos  
para ver lo que fueron  
sin poder predecir  
lo que les ha hecho la vida,  
en la que participó  
como un personaje lateral,  
cercano pero no propio.

No queda nostalgia del pasado,  
pesar o tristeza por lo que no fue,  
tan sólo observa los rostros  
de aquellos que pasaron  
por su vida y ya no están  
con él, el mundo  
con urgencia les reclamó.

No aparecerán en su vejez,  
no habrá visitas ni regalos,  
y en el trastorno de la edad  
serán fantasmas de otro tiempo  
cayendo en la desmemoria  
como las hojas muertas  
cada otoño, cada año.

(5) *Enfermedad*

La enfermedad apenas avisa  
de su llegada, viaja morosa  
a una cita sin estar invitada.  
Viene a recorrer los pasillos  
con ademán altanero,  
consigue que nadie discuta  
su derecho a instalarse  
y más tarde a dominar  
a la persona debilitada.

Caen resistencias bien formadas,  
defensas ya probadas,  
incluso fuerzas ocultas  
guardadas para su uso  
en último y desesperado lugar.  
El malestar derriba además  
el ancestral impulso de pelea  
con un último suspiro.

¿Qué queda entonces?

Un ritual de superviviente  
desgastado, ya obsoleto,  
un modo de enfrentarse  
a cada nuevo día  
sin ánimo ni ensueños.  
Una mirada hacia el interior,  
abandonado el mundo  
a fuerza de no luchar.  
Un reloj que marcha hacia atrás  
descontando alientos,  
robando fuerzas de un cuerpo  
derrotado, de un alma  
que se niega a batirse  
en una última causa perdida.

Una forma de desamparo  
ante el cercano derrumbe.

(6) *Amor. Fuerza que destruye y construye.*

El amor construye la senda  
hacia un territorio incierto,  
invisible al mundo,  
sublime para los amantes  
que se ven rodeados con lentitud  
por una bruma constante  
que los absorbe y asimila.

Los amantes nómadas  
tratan de crear un mapa,  
estudian la posición de las estrellas,  
interpretan sonidos y aromas.  
Trabajan en vano, extravagantes,  
no saben que son objeto y sujeto  
del amor que se alimenta  
de su aliento, de sus dudas  
y expectativas,  
aumentando en cada paso,  
erróneo o acertado,  
la pasión única y cierta.

El amor destruye con la fuerza  
de una pluma de gaviota  
al caer sobre la bruma,  
rompe la cúpula protectora,  
abre una grieta cruel  
por donde entrara lo excluido:  
el dolor, la decepción,  
“los malentendidos  
y el tiempo perdido”  
en una lucha inoculada  
por el peor de los virus,  
el desamor.

Ya nada tiene el aspecto,  
la prestancia, el recurso  
de lo fue unión mística  
entre cielo y tierra.  
Ahora todo se derrumba,  
se agrieta en un avance  
que los amantes no saben  
reparar, ignorantes  
de su mecanismo, no saben

cortar la vorágine  
que arrastrará todo el amor  
hasta estallar contra el acantilado  
donde tiempo después  
observarán los restos del naufragio,  
ya demasiado tarde para todo.

(7) *Vista de un rosal*

Quisiera hablar de un rosal  
que observo cada día  
desde mi ventana,  
hablar de una angustia  
por su extrema debilidad  
convertida en tenaz propósito.  
A causa de su edad,  
apenas es capaz de dar  
cada primavera  
un trío de rosas  
de color del coral.

Luego queda callado  
durante un largo sueño  
de once meses  
alimentándose tal vez  
para crecer,  
soñando ser algún día  
un rosal abundante  
en lugar de unas ramas  
de un arbusto huérfano  
carente de fuerza,  
casi un recién nacido.

Cada mañana  
vuelvo a la ventana  
para vigilar su avance,  
esperando el milagro  
de la naturaleza  
que no llega,  
dejándome un vacío  
en el corazón,  
un dolor impotente  
por un pequeño rosal  
que da tres rosas,  
tres gotas de placer,  
tres brotes de sosiego  
tres apuntes de esperanza  
para una mirada minuciosa.

(8) *Lo que no pasa en la vida*

Nuestra vida está formada  
por aquello que acontece  
y por aquello que no pudo ser.

Aquella cama vacía  
con hueco guardado por la amada,  
la cita a la que no acudimos  
por cobardía o por desidia.

Aquellas ciudades  
a los que no llegamos  
por temor a la lejanía  
o a la extrañeza,  
temor de estar desubicado.

Aquellos libros que no leímos  
por falta de tiempo,  
porque escogimos otros  
o por una maldita excusa  
inverosímil.

Para siempre quedará perdido  
el aroma de los lirios  
de un jardín personal, interior,  
diseñado para el ensueño  
y la meditación.

Y las hojas que no vimos  
cambiar de color  
en el último otoño,  
el temporal que no nos tocó  
pues estuvimos a refugio  
en una casa oyendo  
a lo lejos el aullido  
del viento y de las olas.

Aquellos poemas que no escribimos  
después de leer a un poeta  
que nos dejó inmóviles  
pues comprendimos  
no poder escribir  
algo semejante.

Aquellos poemas que se perdieron  
cuando sólo eran palabras

danzando en la cabeza,  
que no llegaron al papel  
y ahora yacen en el bosque  
de los versos no dichos.

Todo forma parte  
de una vida que no vivimos,  
de unos sueños paralelos  
a nuestra existencia  
pero unidos por el hilo  
de la conjetura,  
de la posibilidad remota,  
de la paradoja cruel.

Vivir unos fenómenos  
abandonando otros  
en un tiempo inefable  
en un espacio palpitante.

(9) *Amor en la distancia*

El amor en la distancia  
no existe más que en el intervalo  
que va de un cuerpo al otro,  
no sólo distante sino pasivo.

Pertenece al espacio  
donde viajan las cartas  
con señas antiguas  
enviadas con más deseo  
y temor que certezas.

El amor en la distancia  
vive en los buzones vacíos  
durante días y noches  
es una espera paciente,  
casi supersticiosa,  
de una remota respuesta.

Somos nosotros quienes  
abrimos una gatera  
en la puerta de la casa  
y más tarde salimos a gritar  
un nombre por las calles.  
Llamando a quien vaga  
por caminos propios  
con amistades nuevas  
haciendo aquello  
que no podemos imaginar.

Retornará, quizás,  
cuando ya no esperemos,  
será entonces la sorpresa,  
el reencuentro con una voz,  
una piel, un gesto conocido.  
La mirada se iluminará  
por el amor en la distancia  
casi extinto, agotado,  
por ese tiempo dilatado  
en el que no sucede nada.

Cuando llega el desamor  
ya es tarde para lo intacto,  
demasiado tarde para la acción  
ante la que ya está instalado,  
tarde ante lo que ha penetrado  
los muros del edificio  
del amor, quebrándolo.  
Ya se ha lanzado,  
crece como una hiedra  
fresca, potente, decidida  
a conquistar todo el área  
del sentimiento.

Vacilantes acudimos  
al deseo por ver si puede  
ser bálsamo para el corazón,  
pero ya es una herida fresca  
que nos respira,  
que se alimenta de nuestra sangre.

Buscamos las palabras  
que sean amuletos  
contra la destrucción,  
levantamos barreras  
de argumentos caducos.  
Perdemos el valor  
de mirar a los ojos  
por temor a encontrar  
un derrumbe completo.

Desnortados, usamos  
todo a nuestro alcance  
para desmentir lo obvio;  
ascendemos cumbres ocultas  
tras la niebla de la pérdida;  
descendemos simas oscuras  
para pactar con los señores  
de lo profundo un cese  
de esta guerra no declarada  
entre el amor que fue  
y el olvido que llega.

(11) *Amanecer*

Tiene el amanecer ese aire  
de punto interrogativo, anhelante  
que no cierra una cuestión  
dejándola sin responder,  
por siempre incógnita.

Quizás no hallemos respuesta  
por no saber enunciar  
la pregunta que encaja  
como una pieza de puzzle.  
Trae la aurora nuevo enigmas,  
dejando atrás viejas cuestiones,  
cuando parte con suave espada  
la noche del nuevo día  
que trae necesidad y atención  
para las nuevas preguntas.

Llega la luz perezosa  
deshaciendo la noche,  
luz que no hiera la mirada,  
que cambia el color de la mar  
del más oscuro al verde agua;  
luz que desvela nubes  
que ya estaban en el cielo,  
luz que deja señales, arcanos  
sobre el nuevo día que llega.

Hay en el aire un ánimo  
de quietud, de silencio,  
un ritmo suave y arrastrado  
que desgasta el mundo  
paso a paso, casi sin esfuerzo  
antes de que lo carguemos  
de preguntas y deseos  
aún sin significado preciso.

La luz del amanecer  
está ahí para ser observada  
como quien mira  
una obra de arte,  
una mujer amada,  
un sueño por cumplir.

(12) *Escribir una carta*

En una esquina de la habitación  
se guardan viejas cartas  
sin releer, acumulando polvo  
desde hace mucho tiempo.

Tal vez amarillean  
en el olvido obligado  
de su encierro,  
tal vez sólo duermen  
en un estado anhelante.

Ya no están aquellos  
a quienes se dirigían,  
se quedaron atrás  
no seguirán nuestro paso  
o tomaron otra encrucijada,  
un camino propio.  
Acaso nos perdimos  
extenuados y asustados  
buscando refugio.

Hoy quisiera escribir  
alguna confidencia  
-a priori comprendida-  
a quien posee la clave  
para traducirla y ojalá  
dar un consejo, un aviso,  
un gesto de camaradería.

Ya no quedan viejos amores  
que continuar seduciendo,  
apagar malentendidos  
a causa de la distancia  
y la poca pericia al escribir.  
Viejos amores que desear,  
a quien confesar el deseo  
de tocar, acariciar, abrazar.

El tiempo arrastró  
este tipo de correspondencia  
y nos dejamos llevar  
a nuevas formas,  
casi sin protestar,  
como si fuera el signo de los tiempos

quien impusiera novedades  
y no una derrota callada  
para quien una carta  
era más que un papel,  
era semejanza, complicidad  
y una forma de ver el mundo.

Esa será la casa donde al fin  
detenerse ya cansado  
de mudanzas y viajes.  
La reconstruirá paso a paso  
sin la presión del tiempo,  
ocupándose de los elementos  
cuando llegue el momento preciso.

Colocará puertas de buena madera  
aunque después olvide su cuidado,  
ampliará ventanas  
desde la que observar la mar,  
colocará visillos que tamicen  
la luz hiriente para sus ojos.

Compraré una cama  
para una solo persona  
-raramente es visitado-  
el amor no necesita espacio  
sino tiempo.

Ocupará las paredes  
con estantes para sus libros,  
olvidará el color de la pared  
mientras se pierde revisando  
un orden aún imperfecto.

Renovará el baño, sin olvidar  
un espejo donde demorarse  
a contar sus canas y arrugas.

Colocará una mesa en la cocina  
desde donde esperar el amanecer  
con una mano en una taza  
de café, quizás ya frío.

Por último, colocará una mesa  
de escritura, sus cuadernos y plumas,  
donde llenará páginas de esbozos  
de poemas que no sabe  
dar por acabados y tal vez,  
el último verso lo escribirá  
el cansancio  
de una tarea sin resolución.

Recolectará un puñado  
de poemas revisados  
con un título escogido  
a primera hora  
y lo enviará al mundo  
con un último impulso vital.

Dedicará meses a esperar  
respuestas, reacciones,  
algún movimiento del alma.  
Rara vez ocurre,  
el regreso del eco  
de un escondido verso  
que resuena en un lector.

(14) *Un lugar en el mundo*

Acaso la única tarea  
que merezca atención  
sea la de encontrar  
ese lugar donde las penas  
se arraiguen en un muro,  
donde ya no miremos más  
a nuestra espalda  
lamentando alguna catástrofe,  
donde no miremos  
hacia adelante anticipando  
los desastres de la vida,  
sino que la mirada  
descanse en el presente.

Un lugar donde estén  
sustento, amparo y consuelo,  
donde haya tiempo  
para mirar la mar detenida.

Dice el proverbio:  
las olas van y vienen  
pero el océano permanece.

Así el lugar en el mundo  
no es donde nada se mueve  
-los avatares de la vida  
seguirán ocurriendo-  
sino aquel donde decidir  
radicarse, guardar las maletas,  
donde permanecer sin temor.

Un lugar donde no luchen  
sentido y sinsentido,  
donde una porción de espacio  
nos dé la certeza de tener  
quietud para escribir  
aquellos poemas inconclusos  
que rondan la cabeza  
hasta ser clavados  
con alfileres al papel  
como una mariposa  
en una lámina con marco.

(15) *Lentitud*

De la lentitud de los pasos  
sobre los adoquines húmedos  
apoyando el pie entero,  
sonido de cuero de sandalia.

De la lentitud de la brazada  
que rompe la superficie del agua,  
suave avance en un espacio  
insonoro, liviano para el cuerpo,  
la mirada en la línea de mar  
trazada por nuestros dedos.

De la lentitud del amanecer  
imperceptible sobre la noche,  
desvelando la aurora  
un nuevo día por sublimar,  
página blanca para el observador.

De la lentitud de la meditación  
sin apuro para la mente  
situada en el intervalo  
entre aliento y soplo,  
donde es posible sentarse  
y reunirse en el uno  
abstracto, recóndito.

De la lentitud del escritor,  
larga espera a que los versos  
se decanten, se reúnan  
con misterio, oficio y labor,  
que del fango profundo  
surjan blancos pétalos.

(16) *Agarrarse al cuerpo amado*

Cuando salí a la calle  
fue el ánimo de caminar  
lo que me llevo a recorrer  
la ciudad sin propósito,  
sin mirar el reloj.

Las esquinas preferidas,  
las calles que eran trayectos  
de rutina ya no estaban,  
se había creado un laberinto  
perfecto por el que circular,  
caminos sin salida  
que iban hacia el centro,  
que se alejaban del exterior.

El aliento se agita,  
se revuelve contra si mismo.  
Edificios, puertas, encrucijadas  
son variantes de escapada.

Tuve que olvidar el mapa  
de la ciudad, las referencias  
precisas, seguras.  
Sólo así encontré una salida  
que me llevó hasta tu puerta  
donde pasé horas de duda  
hasta ceder al impulso  
de despertarte y pedir refugio.

Refugio de la noche  
y sus temores,  
refugio del laberinto  
y sus espantos,  
refugio para un desnortado.

Y pedir abrazarme a tu cuerpo  
para disipar los vértigos,  
la deshonra del caminante.  
Pegar mi oído a tu pecho,  
sentir tus brazos rodeando  
un cuerpo convulso,  
acompañar mi aliento a tu latido  
y sentir la piel como real,

lo único real, seguro y fiel  
de aquella noche colmada  
de desasosiego.

El extrañamiento del mundo real  
no es ese en que se amanece  
convertido en un insecto,  
no es un sueño recurrente  
del abandono en la calle.  
La ruptura con el mundo  
viene cuando la Parca  
enseña sus tijeras con anhelo  
de ser usadas sobre un sujeto  
al que toma por un hilo sutil  
de aire, lluvia y seda.

Entonces cuando el tiempo  
empieza a descontar segundos  
el mundo se vuelve del revés,  
las conversaciones ajenas  
son murmullos lejanos,  
las ideas se desmoronan  
bajo el peso de una simple  
hoja de papel con palabras  
en latín, intento vano  
de perpetuar una definición.

Ya de nada sirven brújulas,  
sistemas de pensamientos,  
amores y desamores.  
Son historia deshilachada  
por el curso de la vida  
que nos lleva sin remedio  
a un final donde el aliento  
se detenga cuando suene  
un chasquido de dedos  
y el lado de acá y el lado de allá  
queden comunicados  
por una eternidad repentina.

Un golpe de aire,  
una ola contra el acantilado,  
una lágrima pendiente de caer,  
un vocablo apenas trazado  
por unos labios blancos  
marcan una despedida.

Soltar la mano  
y dejar partir, despegarse  
sin letras en la boca.

Alguien dio el primer suspiro  
y permaneció discreto y silente  
hasta el último aliento.

Sobre la mesa una taza  
asida por una mano débil,  
hay un silencio que no reclama  
atención ni angustia,  
es una pausa en la vida,  
una tregua de calma  
ante el nuevo día.

Nada urge al movimiento  
del cuerpo, nada azuza  
al pensamiento absorto.  
Es apenas una parada  
al borde del camino,  
un suspiro satisfecho.  
Un viento detenido en el bosque  
sin afán ni provecho.

La mirada se aleja a la mar,  
en su paradigmática quietud  
no hay descanso,  
avanza y detrae centímetros  
en su eterna tabla de mareas.

El café aún caliente  
recuerda el tiempo de los relojes,  
el mundo trae el primer ruido  
que pone en marcha  
el mecanismo de la vida.

Queda un rastro de calma  
entre las manos,  
una posible paz en el interior  
mientras la luz del amanecer  
desvela y conforma este mundo  
hasta ahora oculto y quieto.

El viaje es una mente desplazada  
hacia el exterior  
mientras el cuerpo detenido  
despierta sobre los mapas  
que señalan caminos superficiales  
sin poder mostrar a la mirada  
asfalto y línea blanca,  
encrucijadas para la duda  
o sombras del descanso.

Queda el temor de última hora:  
no ser adecuado para dirigir,  
la confusión en los cruces,  
incertidumbre en la necesidad  
de moverse, abandonar  
lo conocido por lo ignorado.

Y acaso temores nuevos:  
atreverse a situar los hábitos  
bajo nuevos cielos, más aún  
cambiar los viejos por otros  
impredecibles, desarraigados,  
sin demostrar algún valor  
más allá de lo novedoso.

Y ser sorpresa que hace  
crujir viejas corazas,  
que abre grietas  
para un canal de aire  
que arrastra el moho  
de agotados rituales.

Ser hechizo para un amanecer  
no escrito, no destinado.

Tras una tormenta desmesurada,  
no quedamos indefensos  
o impotentes sino aturdidos  
ante la magnitud  
provocada por un elemento  
que todo lo desequilibra  
iniciando una cadena  
de derrumbes inevitables.

Cuando no hay cordura  
todo proyecto nuevo  
carece del sentido teórico,  
mas el alma empuja  
a levantarse, recogerse en uno  
y de la nada comenzar  
a elevar la nueva estructura.

Mil puzzles mezclados  
por la tempestad esperan orden,  
cada uno con su lógica,  
su propio sentido interno  
perdido en la confusión.

Ser escéptico es la primera  
respuesta del ánimo  
mas estos son los elementos  
que forman nuestra vida,  
sobre ellos habrá que levantar  
la nueva casa.

Con viejos ladrillos, vigas torcidas,  
ventanas desencajadas,  
puertas dobladas  
y mil pedazos sin correspondencia  
en un solar inestable.

La tarea apunta al fracaso  
mas es la nuestra,  
aquella que tenemos por destino;  
levantarnos del suelo, en pie  
mirar con ojos de extrañeza  
los elementos dispersos  
y esperar que los nuevos actos  
no lleven al mismo resultado.

Yacía en la bruma de la costa  
un afán de escritura  
a la espera  
de una libertad para extender  
las manos, rozar y atraparlos.  
Faltaba también una calma  
en el espíritu  
que ayudara a centrar la visión  
en los elementos.  
Y un tiempo extendido,  
no el de los calendarios  
sino un tiempo oportuno,  
acompañado a la existencia.  
La visión de las letras  
permanecía guardada  
tras una puerta  
de una vieja muralla  
aun por abrir.

Cuando llegó el momento  
-propio, quieto, silente-  
surgieron las palabras  
sin prisa, deseando manchar  
con tinta un cuaderno  
preparado, dedicado  
a recoger la visión  
de una existencia larga.  
El reflejo personal del mundo,  
una forma de traducir  
lo ya vivido en versos.  
Ahora ya convertido  
en propósito vital  
continúa la búsqueda  
del momento propicio  
mientras los versos giran  
en la memoria, una y otra vez,  
hasta que, cerrado o agotado,  
llega la escritura  
sin inquietud, sin apremio,  
con la ligereza  
de una pluma sobre el papel.

De la biblioteca familiar  
extraer los primero títulos,  
desde la luminosa poesía  
y el oscuro cuento  
hasta el romanticismo febril.

Después comenzar las visitas  
a librerías con bolsillos vacíos,  
hojear cientos de libros,  
aprendizaje de contraportada,  
y alguno escondido en la ropa.  
Más allá con las monedas contadas  
visitar de nuevo las librerías  
para llevarse el más barato  
en edición de bolsillo.  
Y prestarse libros,  
recomendar descubrimientos,  
enlazar un libro con otros,  
cielos abiertos a nuevos mundos.

Inspiración para el aprendiz  
de escritor en busca de voz propia,  
huyendo de lo que es escrito  
“a modo de” un autor admirado.  
Textos que hoy sonrojan,  
atisbos de un estilo concreto,  
maduración de lo que años  
más tarde serán primeros pasos.

Libros para encadenar  
la obra de un autor,  
una época, un estilo,  
a modo de aprendizaje  
de la escritura y acaso  
de educación sentimental.

Con el tiempo el asombro se pierde,  
la revelación más aún  
pero la búsqueda continúa  
en literaturas exóticas,

en ensayos y aforismos  
anhelando ampliar horizonte  
de lectura y escritura.

Y el reto más difícil:  
corregir la propia escritura  
destinada a un invisible lector.

## *Epílogo*

La soledad no se encuentra, se hace. La soledad se hace sola. Yo la hice. Porque decidí que era allí donde debía estar sola, donde estaría sola para escribir libros. Sucedió así. Estaba sola en casa. Me encerré en ella, también tenía miedo, claro. Y luego la amé. La casa, esta casa, se convirtió en la casa de la escritura. Mis libros salen de esta casa. También de esta luz, del jardín. De esta paz reflejada del estanque. He necesitado veinte años para escribir lo que acabo de decir.

\*

Hallarse en un agujero, en el fondo de un agujero, en una soledad casi total y descubrir que sólo la escritura te salvará. No tener ningún argumento para el libro, ninguna idea de libro es encontrarse, volver a encontrarse, delante de un libro. Una inmensidad vacía. Un libro posible. Delante de nada. Delante de algo así como una escritura viva y desnuda, como terrible, terrible de superar. Creo que la persona que escribe no tiene idea respecto al libro, que tiene las manos vacías, la cabeza vacía, y que, de esa aventura del libro, sólo conoce la escritura seca y desnuda, sin futuro, sin eco, lejana, con sus reglas de oro, elementales: la ortografía, el sentido.

*Escribir*

*Marguerite Duras*